



El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9234

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.— Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1° y 15 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. retire Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Win- chester, Street.

LA SUSCRIPCIÓN Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CALLE MAYOR 21.

VIERNES 12 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Móviles hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre. Puerta de Murcia Pasaje de Conesa.

DOCTOR USÓN.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Todos los días de 9 a 12.—Calle Mayor, 11, principal.

EL MILDEW

III.

Una viña atacada del peronospora se reconoce fácilmente.

Cuando en el envés de las hojas se descubren blancas eflorescencias parecidas á concreciones salinas, y en la cara superior manchas lisas y pequeños puntos de color, variables desde el amarillo hasta el café obscuro, cuando tales signos se presentan, puede tenerse la triste evidencia de la invasión de la plaga, cuya marcha destructora será rapidísima si no se le oponen el conveniente y necesario remedio para contenerla.

Basta haber visto alguna viña atacada de este mal, para no confundirlo con ningún otro.

Una vigilancia algo cuidadosa, hará conocer, distinguiéndolos desde luego de los demás, los primeros cepos atacados.

La *erinosis*, enfermedad bastante común en nuestros viñedos, y hasta cierto grado inofensiva, no puede confundirse con el *mildew*, atentamente observado, por más que en los primeros momentos, cierta semejanza en las manifestaciones del envés de las hojas atacadas, han servido para proporcionar á los viticultores alarmas y sustos que no han resultado justificados.

Las hojas atacadas por el *mildew*, se ponen amarillentas, y no tardan mucho en desecarse y caer, retrasando ó impidiendo la maduración del fruto.

Depende del grado de la invasión, las consecuencias que tienen que sufrir las cepas. En éstas, los sarmientos no alcanzan su completo y perfecto desarrollo. Muchos muere resentándose notablemente las cepas, que en algunos casos de invasión grande, se han visto perecer.

Claro que esta influencia perniciosa en la vida, se deja sentir en la calidad de la uva que produce, y por consecuencia en el vino que de ella se obtiene. La cantidad de aquélla, resulta notablemente mermada, y la calidad de los vinos es siempre muy inferior á la que se obtenía antes de la invasión.

Presentados con la lijereza que reclama esta clase de trabajos, los caracteres más esenciales de la enfermedad que tratamos, puesta de manifiesto su importancia destructora y señaladas las manifestaciones que nos hará distinguir y reconocerla fácilmente, toca ahora presentar los remedios, escogiendo entre el grandísimo número de los aconsejados, aquéllos que han recibido su confirmación de bondad en la práctica, y que, con modificaciones poco variables en lo esencial, se emplean con éxito para combatir la invasión del peronospora vitícola.

No hay que confiarse demasiado con la lectura de algunas recomendaciones, no siempre desinteresadas, de remedios que se ofrecen como infalibles, y cuya virtud pocos han tenido la suerte de comprobar.

El borato de sosa, el sulfato de hierro mezclado con yeso, el yeso en polvo y el azufre, y otras mil remedios que sería prolijo enumerar, se han empleado sin éxito alguno, perdiendo con ello el viticultor tiempo, dinero y cosechas.

Nosotros nos limitaremos á pre-

sentar sólo, los de uso más generalizado.

Cualquiera que sea el procedimiento y el remedio que se elija entre los recomendados, bueno será advertir que debe emplearse inmediatamente que se descubra la presencia del *mildew*, pues de otra suerte, por enérgico que resulte el tratamiento, si á la invasión se le ha dejado que adquiera desarrollo, el trabajo y los esfuerzos que habrán de emplearse en contenerla, resultarán en extremo difíciles y dispendiosos.

Como medio de preservación para los años venideros, deben recogerse los sarmientos procedentes de la poda, las hojas desprendidas y las plantas que se hayan desarraigado en la viña para destruirles seguidamente por medio del fuego.

Por este medio lograremos destruir los gérmenes del mal que se ocultan en todo ésto, en espera de condiciones apropiadas para hacer de nuevo y con más fuerza su manifestación destructora.

L. YMOAN.

LITERATURA EXTRANJERA

LA DICHA

Era la hora del crepúsculo vespertino. Desde la villa se dominaba el mar.

El sol acababa de desaparecer dejando el cielo teñido de color de lila.

El Mediterráneo, tranquilo, sin una oscilación, parecía una inmensa placa de metal hábilmente pulimentada.

A lo lejos, hacia la derecha, las montañas dibujaban sus negros perfiles sobre la pálida púrpura del horizonte.

Enfrente, la celeste bóveda y el agua se juntaban...

Se hablaba del amor, discutiéndole con argumentos ya repetidos hasta la saciedad.

La dulce melancolía de la naturaleza iba apoderándose de los que sostenían la acalorada discusión, haciendo brotar en sus corazones sentimientos de calma y de ternura y amortiguando poco á poco el sonido de sus voces.

La palabra *amor*, tan pronto pronunciada por una voz fuerte y áspera de hombre como por una vocecita melancólica de mujer, llenaba el salón de extremo á extremo, corría de boca en boca.

—¿Se puede sentir un amor no interrumpido durante muchos años?

—Si,—afirmaban unos.

—No,—replicaban otros.

Y continuaba la discusión.

Formulábase distinciones, estableciábase comparaciones y citábase ejemplos.

Y todos, hombres y mujeres, con el espíritu embargado por dulces recuerdos, procuraban en vano expresar lo que sentían.

A falta de palabras empleaban el mude lenguaje de los ojos, en los cuales veíase claramente la emoción de que estaban poseídos.

De pronto un caballero que miraba al horizonte exclamó:

—¡Oh! figense ustedes... allá abajo...

¿qué es aquéllo?

Sobre el mar, en el límite de la vasta extensión que abarcaba la vista, surgía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres, que fueron las primeras que abandonaron sus asientos, contemplaron llenas de admiración.

Uno dijo entonces:

—Es la Córcega...

Se la puede ver de este modo dos ó tres veces al año.

Sucedía esto siempre que la atmósfera reúne ciertas condiciones excepcionales, cuando el aire verdaderamente puro no la envuelve en las brumas de vapor de agua que oscurecen siempre lo lejano.

Distinguíanse aunque muy vagamente, las crestas de las montañas, y el gran negro que rodea al nuevo que la cubre.

Todos permanecieron silenciosos, sorprendidos y hasta atemorizados ante la brusca aparición de un mundo salido del mar en virtud de un fenómeno de óptica...

Tal vez hallaron en su camino visiones tan extrañas como aquélla, los que siguieron á Colón á través de los mares inexplorados.

Un anciano que no había tomado parte en la discusión interrumpida, rompió el silencio y dijo:

—He conocido en esa isla que vemos ante nosotros, y que sale tal vez, á responder á los que han negado la posibilidad de un amor único y tan duradero

como la vida, he conocido, repito, un ejemplo admirable de cariño, de constancia y de felicidad... Oigan ustedes.

Todos se agruparon, en derredor del viejo, y él continuó hablando así:

—Hace cinco años viajé por Córcega. Esa isla salvaje es para nosotros más desconocida que las regiones vírgenes de América.

Figúrense ustedes un pequeño mundo en su último período de formación: un sinnúmero de montañas separadas por estrechos barrancos, cuyo fondo sirve de lecho al agua de los torrentes; inmensas moles de granito; gigantescas oscilaciones de tierra cubiertas de carrascales ó de grandes bosques de castaños; un suelo vírgen, inculto, casi desierto, pues hay que andar muchas leguas para encontrar una agrupación de casas que, por su forma y su color, se asemejan á las rocas que le sirven de apoyo... Nada de cultura ni de arte.

Jamás se ve un trozo de madera trábajada, ni un pedazo de piedra esculpida, ni un solo recuerdo que demuestre la afición á lo bello, el culto á lo artístico y á lo sublime; el esfuerzo potente y el triunfo gloriosísimo de la inteligencia creadora.

Frete á Italia, donde cada palacio y cada monumento es un conjunto de obras maestras en las que el genio dejó señales indelebiles, la Córcega salvaje, tal y como debió estar en sus tiempos primitivos.

El sér humano vive allí metido en su casa indiferente á todo lo que no ataca á su existencia ó á su familia, conservando las malas y buenas cualidades de las razas incultas, violento, iracundo, sanguinario, pero también generoso, noble, capaz de pagar con su amistad y con su sangre, si es preciso la menor demostración de simpatía que se le haga.

En poco más de un mes que anduve errante por la isla adquirí el convencimiento de que me hallaba en el último confin del mundo.

Allí no hay posadas, ni fígones, ni carreteras.

Hay que viajar á pie ó montado en una caballería por senderos tortuosos, viendo el abismo á dos pasos, oyendo, sobre todo de noche, la voz sorda y profunda del torrente.

Se llama á la puerta de una casa y encuétrase en ella lo indispensable para acallar los gritos del estómago y para proporcionar reposo á las fatigas de los miembros.

FLOR DE UN DIA

41

barranco de Valencia; sentóse en un rebacillo y fijó su mirada en las luminosas tintas caprichosamente agrupadas en aquel punto del espacio, como si en ellas pudiera leerse toda la profundidad de la doctrina que tenía en estudio. Próximo á anoecer lanzó la última mirada al horizonte, y tomando la vuelta vino á dar en el paseo de coches, que por cierto había llegado al *maximum* en concurrencia, lujo y brillantez.

Allá en la mente del joven estudiante, seguía bajando el pensamiento con febril actividad; las punzadas se hacían sentir con más largas intermitencias, pero el ruido le hacía daño, como se lo causaba en su gabinete el sordo rumor de su propia voz, y para alejarse de él en lo posible, se internó entre los pinos por donde la gente no era mucha y esa la más valetudinaria. Al llegar al límite, su dormida voluntad despertó para elegir la salida, si por la gruta y los jardines, si por el estanque y la avenida de la plaza de la Independencia. Indeciso, pero deseoso de acortar, maquinamente como la mayor parte de cuanto llevaba hecho desde que salió de su casa, se inclinó hacia el primer término y más maquinamente aun, hubo de fijarse en dos señoras que le precedían, mejor dicho en las plumas color de oro viejo que coronaban el sombrero granate de una de ellas por cierto de muy gentil y esbelto talle, con algo de aire de reina que no podía menos de dar en ojos del que en su notabilísima persona los pusiese. El rostro no se le veía, pues sobre ir un paso más adelantada, no miraba á los pinos, de los que no debía dársele ni un ardite.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 40

queño gabinete, todo el día cerrado á piedra y lodo para que no lo distrajeran ni molestaran los ruidos exteriores; viéndolo todo á través de la niebla que su abstramiento extendía sobre los múltiples y variados objetos que se presentaban á su vista; salió de la calle de Jacometrezo á la Red de San Luis, bajó por el Caballero de Gracia á la calle de Alcalá y concentrado en sí mismo, sintiendo con breves intervalos aguda punzada en la sien; dando vueltas y vueltas al redor de su pensamiento y el pensamiento tenazmente fijo en la quinta pregunta del programa, llegó paso á paso al Retiro, por el que se internó errando á la ventura por las calles más sombrías y solitarias.

En el paseo de coches la concurrencia era tan grande, que no se podía dar un paso. La dilatada hilera de carruajes, los ginetes que hacían caracolear sus caballos á las portezuelas de aquellos, la muchedumbre de paseantes que al declinar la tarde afluía de todas partes, hacían difícil el tránsito, llegando en las inmediaciones de la fuente del Angel caído, á no poder circular la gente, sino despacio y precaviéndose, á menos de ser en la confusión lastimosamente atropellados.

El sol, entre tanto, derramando luz y majestad se hundió en el horizonte; Burgos que sólo se había propuesto cansar sus alterados nervios, llegó en su errabundo paseo hasta la cortadura que hay sobre el

IV

A la ligera.

La lectura de una lista en la cátedra de primer año de Derecho dió á conocer el nombre, y apellido de los cuatro jóvenes que venían de distintos puntos de la Península á tomar asiento en el aula, y á partir de aquel día, lo hicieron siempre juntos, esperándose mutuamente para entrar. Celebróse mucho la rareza de reunirse cuatro nombres propios iguales, con cuatro